

Razón y fe en el testimonio de Jacques Maritain

Oscar Horacio Beltrán

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino

Jacques Maritain es una de las grandes figuras del pensamiento católico del siglo XX. Los temas fundamentales de la metafísica, la moral, la epistemología, la filosofía política y la estética lo cuentan como protagonista. Hombre de fe y piedad irreprochables, fue un firme defensor del Magisterio de la Iglesia. En su visita a la Argentina promovió la enseñanza de la cultura cristiana a nivel superior, sembrando así la semilla de la futura universidad católica. Inspirador de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948 y de varias iniciativas del Concilio Ecuménico Vaticano II, recibió al finalizar el magno sínodo el mensaje final a los laicos de parte de Su Santidad Pablo VI. Dijo de él Juan Pablo II:

Jacques Maritain consideraba la investigación filosófica como una sabiduría de razón no cerrada sino abierta a la sabiduría de la gracia... La verdad (se ha de) descubrir en una investigación seria desde el punto de vista científico y apertura al aporte superior de la revelación ante la cual se debe tener una actitud de fe y de amor. En esto Maritain ha sido verdaderamente un maestro. También por esto su pensamiento concuerda plenamente con el gran proyecto del Magisterio de la Iglesia para la era contemporánea: *vivificar y renovar todo en Cristo*, acercando la fe a la cultura y la cultura a la fe.¹

La vida de Maritain, longeva y fecunda como pocas, es por sí sola un libro lleno de enseñanzas. En su juventud, a comienzos del siglo XX, alimentó su vocación por la justicia y la solidaridad con las ideas del socialismo. Pero más allá

¹ *Carta al Rector de la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán*, 15 de agosto de 1982, reproducida por G. Ponferrada en "A veinticinco años de la desaparición de Jacques Maritain", publicado en *Sapientia*, 1998 pp. 529-531.

de su temprana militancia no estaba conforme con la acción, y quería en cambio llegar a la verdad profunda que diera sentido a las cosas y a ese mismo obrar. Sus estudios de filosofía y ciencia en la Sorbona le proporcionaron una sólida y completa formación, pero al mismo tiempo agravaban su desasosiego. Allí proliferaban el materialismo determinista, el monismo evolucionista, y sobre todo el cientificismo fenomenista que socava toda posibilidad de una perspectiva metafísica capaz de llegar a verdades absolutas. Sólo hay lugar para el relativismo y el escepticismo, incluso en relación a las posibilidades de la ciencia misma. La metafísica y la ética, en suma, se reducen a un opaco bosquejo.

Un primer paso hacia su conversión espiritual tiene que ver con las enseñanzas de H. Bergson, quien lo inició en la búsqueda de un pensamiento capaz de trascender la estrechez del inmanentismo y conducir al alma a una perspectiva más auténtica y elevada. En la filosofía de su ilustre connacional Maritain experimentó el acceso a una metafísica superadora del mundo de los fenómenos. Sin embargo, la concepción de Bergson presupone la disolución del ser en un devenir absoluto, un impulso o *élan* vital en el que se despliega sin pausa la realidad. Para conocer a fondo esa realidad debemos seguir sus pasos, y no paralizarla con una mirada abstractiva. El abordaje de las cosas se alcanza por intuición, por una afinidad vital que nunca se detiene. En consecuencia, queda impugnado el valor de la inteligencia en sentido clásico, pues se rechaza la lógica de los conceptos y las estructuras porque con ellos sólo se inmoviliza la realidad, que es como disecada y destituida de su dinamismo de base. En el fondo la propuesta de Bergson atrae como superación del cientificismo, pero implica a la vez un cierto irracionalismo que defrauda el interés de Maritain.

Al poco tiempo nuestro autor abandona su laicismo y se convierte con ardorosa convicción a la fe, recibiendo el bautismo junto con su futura esposa y fiel compañera de ruta, Raissa. A partir de ese momento su producción intelectual se encamina hacia una crítica severa del pensamiento moderno, al que acusa, por su vocación de ruptura, de patrocinar el reinado de la ciencia y la primacía de la praxis, postergando o directamente anulando la sabiduría. Guiado por una fe todavía no templada, expresa un rechazo tajante hacia el positivismo y el idealismo alemán. Pero poco a poco irá alcanzando su debido equilibrio, cuando esa fe enervada se acople a una razón que por fin hace pie sobre el terreno sólido del ser. Y la feliz causa de esta maduración de su pensamiento no es otra que santo Tomás de Aquino. Atraído por la claridad y profundidad de su mensaje, pronto lo adoptó como maestro, experimentando

lo que denominó en su momento una “iluminación de la razón”. A partir de este encuentro tan estremecedor Maritain,

se convirtió en uno de los principales hacedores del renacimiento tomista que el Magisterio de la Iglesia, con León XIII, había auspiciado y promovido como respuesta a los requerimientos de la cultura moderna y como camino para superar el divorcio entre razón y fe.²

Es de notar en este episodio una marca original de la experiencia vital de Maritain. No son pocos los que, al convertirse, abandonan en cierto modo el camino de la razón para consagrarse a un conocimiento más piadoso y emotivo, de tono eminentemente práctico, relegando o aislando lo conceptual. Pero Maritain no abraza la fe para escapar de los supuestos condicionamientos de la razón, sino más bien para reencontrarse con ella. El gran valor que le significó la fe presentada a través de los escritos del Doctor Angélico consiste justamente en restituir a la razón su justo alcance y su dignidad como obra de Dios.

La fe es un don que pertenece al orden de la gracia, aquella cualidad que nos hace partícipes de la naturaleza divina, si no por esencia, a través del poder, sobrenaturalmente conferido, “de aprehender como objeto el Acto puro, una nueva raíz de operación espiritual cuyo objeto propio y especificativo es la esencia divina misma.”³ El don de la gracia consiste en poseer la esencia de Dios no de manera substancial, lo cual sería imposible, sino incorporada en un acto de visión elevada, mejor aún, en un hábito entitativo que anticipa, en esta vida, las delicias de la contemplación beatífica, prefigurada en los velos de la Palabra revelada. Hay en nosotros, por naturaleza, una disposición a alcanzar, proporcionalmente, la esencia de Dios. Pero esa disposición, natural de suyo, no puede efectivizarse sino por la gracia divina que recae sobre nuestra potencia obediencial. Y aunque los beneficios que esa gracia otorga sean inconmensurables para la naturaleza, sigue siendo un obsequio que perfecciona y eleva a la naturaleza misma.

La fe es una respuesta de la inteligencia al mensaje divino, estimulada por la voluntad a falta de evidencia por parte del objeto, y en última instancia

² *Ibíd.*

³ *Los grados del saber*, p. 402.

como movida desde lo alto. La firmeza que otorga el acto de fe no impide que la razón se aplique en busca de la visión que momentáneamente se le niega. La fe retiene, “esclaviza” a la inteligencia, pero la fija en la verdad, y así la libera, la conforta y la preserva en su adhesión al Primer Principio. En cuanto expresión de la Verdad misma, no se opone al saber y merece llamarse propiamente una sabiduría: “la fe teologal es con toda realidad un *conocimiento*, y por el medio de las fórmulas reveladas se adhiere vitalmente a la misma *cosa* que es su objeto, es decir, al ser íntimo y personal de Dios.”⁴ Pero lo es a título imperfecto, porque no *ve*, sino que es un “movimiento hacia la visión... el intelecto, elevado por la fe a la verdad divina, demanda ser completado aun más por los dos datos de la inteligencia y la sabiduría”.⁵

En tal sentido la fe se presenta como complemento de la razón y remedio de sus flaquezas. Es el don por el cual se nos confiere la certeza indeclinable acerca de la Verdad que es el fin último y el sentido radical de nuestra inteligencia, apartándola del peligro de la desesperación.⁶ Cuanto más elevada sea una ciencia natural, mayor será su dependencia de las virtudes iluminantes y curativas de la fe. Por eso las disciplinas físico matemáticas, que mediatizan la representación del mundo por recurso a tenues símbolos cuantitativos, son a duras penas alcanzadas por ella. Pero siempre entendiendo ese influjo en la línea de la naturaleza misma. Es incluso un lugar común en los escritos de Maritain la observación de que la Voluntad Divina ha querido revelar su infinito misterio atenuando su resplandor a través de signos temporales, que son los más acomodados a la manera humana de comprender. Así como el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, Su mensaje se ha encarnado en conceptos y voces de este mundo, de suerte que, sin haber perdido su carga de misterio, bastan para hacernos conocer, siquiera en enigma, la verdadera vida de Dios.

La fe no sustituye ni cuestiona los métodos de cada ciencia, al contrario, es expresión de confianza en las posibilidades propias de la razón, de modo que un supuesto conflicto entre aquello que es objeto de *certeza* racional y el

⁴ *Cuatro ensayos...*, p. 163.

⁵ *El sueño de Descartes*, p. 43.

⁶ *Antimoderne*, pp. 38-39 y 77. Maritain rechaza categóricamente a quienes ven el don de la fe sólo como sucedáneo de la ciencia, que no tendría otro destino que apacentar el corazón de los hombres sencillos. *Sur l'idée du philosophe*, pp. 979-980.

dato de fe resulta impensable. La misión de la fe no consiste en suplantar la tarea de la ciencia, sino en purificarla de sus abusos y conductas aventureras. Y el caso que especialmente le preocupa a Maritain es justamente el de la física matemática y su intento de usurpar el privilegio regulador de la auténtica sabiduría metafísica. De este modo,

ejerciendo sobre la ciencia una autoridad restrictiva allí donde la ciencia, volviéndose pseudo-ciencia, se permite caer en la usurpación y la incompetencia, la Fe purifica la ciencia, y sin tocar nada de aquello que puede entregar acerca de la vida y el movimiento, la libera de aquello que le resulta una perpetua ocasión de perversión.⁷

Pero más allá de esta tarea, a simple vista antipática e inhibitoria, la fe es prenda de la unidad positiva de los saberes e incluso del progreso efectivo de la ciencia, como se puede constatar en la historia: el esquema predilecto de Maritain, basado en el contraste entre los tiempos antiguos y medievales en relación a la crisis y decadencia que acompañan la entrada en la Modernidad, coincide con la presencia y la ausencia de la iluminación sobrenatural de la fe en la tarea del intelecto. Sin duda que, en sus orígenes, la ciencia moderna aparece auspiciada por pensadores de reconocida piedad y hasta algunos cultores de la teología. Pero se trataba de una adhesión más bien superficial o sentimental, que veía en el dogma un yugo contraproducente para el desarrollo de las promesas de un nuevo conocimiento liberador de las posibilidades del progreso.

Retomando un tema clásico de la literatura medieval, Maritain suscribe la necesidad moral, no absoluta, de la Revelación, ya que la razón es incapaz, *de hecho*, de evitar los errores que resultan de su condición de espiritualidad encarnada y además debilitada a partir del pecado original. Ni siquiera en la cúspide del genio, representada por Aristóteles, puede disimularse esta fragilidad. Y al preguntarse por las causas más generales que precipitan el decaimiento de la razón, nuestro autor distingue un desorden en torno a los fines, y un desorden en torno a los medios. En cuanto a lo primero, hay una perversión del fin natural de la inteligencia, que por la exasperación de sus recursos disminuidos acaba por transformar el deseo natural de llegar al ser en toda su plenitud. Acerca de los medios, se trata de imponer un método univer-

⁷ *Antimoderne*, p. 49.

sal que no tiene en cuenta más que lo que ya se sabe, como si esa porción de sabiduría bastase como medida de todo lo demás. Ciertamente que, en su condición presente, la razón del hombre pulula a tientas y sus miserias son ostensibles. Pero no hay que olvidar que ella también es naturaleza, y que pese a todo la enfermedad que la aqueja es accidental y remediable. La razón dejaría de ser lo que es si perdiese su aptitud y su ordenación al ser, y la liberación que le viene de la gracia supone y reclama ese núcleo intacto de naturaleza.

Otra observación notable de Maritain tiene que ver con el problema de la neutralidad del pensamiento. Algunos creen que una perspectiva equidistante e indiferente a lo religioso sería la más acorde a la idiosincracia de la razón. Pero he aquí que la misma razón advierte su indigencia y su incapacidad fáctica para alcanzar el fin que le corresponde, y, por otra parte, sólo la fe tiene la virtud para rescatarla de esa frustración. La iniciativa ya ha sido tomada por Dios mismo, que nos ha creado y se nos ha manifestado en su Hijo Jesucristo. Ante esa interpelación no es posible esconder la cabeza. Una postura neutra equivaldría, a la larga, a la negación de la existencia de Dios y de la fe sobrenatural, con todas sus ruinosas consecuencias.⁸

En última instancia la razón y la fe han de distinguirse, como corresponde al orden de la naturaleza y de la gracia, pero no separarse. Esta distinción significa que, aun cuando desde ambas direcciones se alcance a Dios como objeto material, las formalidades de su acceso permanecerán estrictamente diversas:

la razón con sus solas fuerzas (desnuda de toda fe, aun implícita), cuando conoce ciertas verdades de orden natural comprendidas en las verdades de la fe, como la existencia y la unidad de Dios, no aprehende sin embargo bajo ningún aspecto y de ninguna manera el objeto de la fe.⁹

Sólo su distinción asegura a cada una en sus justos dominios y al mismo tiempo hace fecunda su relación.

Un ejemplo interesante y tal vez poco conocido en el que se aplica esta doctrina es la relación titulada *El discernimiento médico de lo maravilloso de origen divino*, presentada en unas jornadas sobre psicología religiosa en 1936.¹⁰ Empieza

⁸ "... el bautismo obliga en filosofía como en otras partes", *Antimoderne*, p. 66.

⁹ *Los grados del saber*, p. 395 n.11.

¹⁰ *Le discernement médical du merveilleux d'origine divine*, en OC VI, pp. 1107-1119.

por aclarar que el milagro es un *hecho individual*, no se trata de una verdad abstracta que podría extraerse como conclusión de un cierto cuerpo teórico. Ante la presencia de un hecho anómalo, se impone una crítica que vaya más allá de la apelación al sentido común. Es preciso, en otros términos, una crítica científica. Ahora bien, ¿cuál es, para Maritain, la característica del saber científico según el sentido actual de la palabra? Lo define como un conocimiento racional de tipo *empiriológico*, vale decir, que considera las manifestaciones fenoménicas de las cosas, y define sus objetos según estrictas pautas de observación y medición. Todo lo que exceda el control empírico cae fuera del objeto formal de estas ciencias. Y así ocurre, de manera paradigmática, con la física o la biología.

En contraste con este tipo de saber aparece la filosofía, como un conocimiento *ontológico*, o sea que, partiendo de los fenómenos pero dejándolos atrás, llega hasta el núcleo esencial de las cosas, y las considera en lo que tienen según su ser. No se pregunta por el *quommodo* sino por el *quid*.

El caso es que las ciencias prácticas, aquellas que aplican los conocimientos teóricos a una determinada obra, tienen ingredientes de ambos tipos. Por un lado corresponden al universo científico y su lenguaje sigue siendo el de los fenómenos observables. Pero por otro se refieren a un hacer, a la transformación de una realidad existente y concreta, por lo cual no pueden restringirse a un enfoque puramente esquemático, sino que deben “tocar”, en cierto sentido, lo ontológico.

Aquí aparece el caso de la medicina, que es un saber práctico cuya obra es la curación o el restablecimiento de la salud. Para Maritain puede concebirse la disciplina médica como *puramente* empiriológica, basada tan sólo en planteos analíticos donde la investigación establece un cierto vínculo entre la patología y la terapia, *fuera del contexto del paciente*, es decir, sin referencia ontológica. O puede, al contrario, plantearse como un saber fenoménico pero asumido en la realidad integral del enfermo y poniendo su mirada en la curación no de tal o cual síntoma sino del enfermo mismo, como un efecto apreciable a escala ontológica.

Según la primera perspectiva, un milagro no tiene sentido y debe reconducirse, tarde o temprano, a algún formato de ley fisiológica que pueda explicarlo. Si en cambio recurrimos a una medicina verdaderamente involucrada en la perspectiva ontológica, se podrá plantear, según un grado de certeza acorde a sus métodos, si el hecho observado en condiciones apropiadas admite o no una explicación compatible con el estado actual de la ciencia. Para Maritain la

certeza del médico es de tipo moral, que es el más débil de todos. Si se tratase de un encuadre puramente técnico-empiriológico, podría aspirar a un nivel superior. Pero aquí se introducen dos factores de inestabilidad del juicio: la materia concreta y singular propia del orden práctico-factible, y la condición espiritual del sujeto de la acción médica, cuyas disposiciones morales confluyen con el acto terapéutico de un modo estrictamente impredecible. Y en el caso de un dictamen acerca de la causa de un fenómeno de curación presuntamente prodigioso no se descarta que, debido a la falta de elementos objetivos determinantes para una aseveración plenamente cierta, aparezcan disposiciones favorables o desfavorables en la subjetividad misma del científico. Así puede ocurrir que haya en su percepción un exceso de credulidad que debilite el espíritu crítico, o bien una actitud de mala fe y obcecación que anteponga los prejuicios de una ciencia ideologizada a la mansedumbre de la aceptación de un hecho *en sí mismo* extraordinario. Después de todo, como decía S. Jaki, si la fe puede ser ciega, también puede serlo la incredulidad.

Al margen de la opinión del médico, limitada al orden de causas próximas que pueden postularse como explicación suficiente o insuficiente del hecho milagroso, se tendrá en cuenta el examen filosófico, y más precisamente de orden moral, apoyado en los principios de la filosofía de la naturaleza y de la metafísica. Aquí nos recuerda Maritain su posición, ciertamente controvertida, de que la ética puramente filosófica no es posible, ya que concierne al orden existencial, en el cual, *de hecho*, la naturaleza humana opera bajo los estigmas del pecado original y las mociones de la gracia santificante. De modo que una "filosofía moral adecuadamente tomada" (así es la expresión de este autor) quedará de suyo subalternada a los principios de la teología.

Justamente será la teología quien tenga la última palabra, al juzgar según su competencia si se trata de un fenómeno preternatural (es decir al alcance de la naturaleza pero realizado de un modo no natural), transnatural (de origen diabólico) o sobrenatural en sentido estricto (que excede absolutamente la naturaleza y no puede atribuirse sino a Dios mismo). El criterio último de ese juicio no está en rigor sujeto a la opinión del médico, ya que no necesariamente habrá de estimarse como milagroso lo que carece de explicación científica, ni se tratará de negar dicho carácter sólo porque la medicina deje abierta la posibilidad de una ulterior explicación.

Deseo terminar mi contribución destacando un aspecto del pensamiento maritainiano que se fue incubando durante su dilatado trayecto intelectual y

que lamentablemente tomó cuerpo hacia el final de su vida, sin alcanzar un desarrollo demasiado amplio. Se trata de su propuesta de una “epistemología existencial”, inspirada en su temprana concepción del conocimiento intuitivo del ser y de la existencia. Para Maritain el núcleo de la realidad, reservado al *intellectus* del hombre, es el acto de ser o existencia, huella fulgurante de la participación de Aquel que Es y que reúne e ilumina todos los órdenes parciales de apreciación a los que se consagran las distintas instancias del saber. La primacía del acto de ser le da al pensamiento de santo Tomás, y por extensión al de Maritain, un sesgo estrictamente existencial. Es precisamente en ese entorno que se afianza la postura realista de su visión del conocimiento y el papel central del dinamismo de la persona hacia su plena realización como aquello que orienta todo el quehacer especulativo y práctico del ser humano. En ese marco adquiere una valoración especial el acto de fe, en cuanto supone adhesión personal y vivida a una Palabra que se hizo semejante a nosotros dándole un nuevo sentido no sólo a la naturaleza sino también a la historia. La fe es considerada entonces tanto en su valor objetivo como acceso a la plenitud de la verdad, como también en cuanto gesto de amor que doblga la inclinación perversa de la razón autónoma hacia el narcisismo del espíritu.

En resumen, la visión existencial de Maritain pone la primacía en lo concreto del ente real, del encuentro con las cosas mismas y los demás y, en última instancia, con el Soberano Bien Subsistente. Y descubre en el mundo de la persona la síntesis de todas las instancias del saber y de la cultura. Me parece que esta exhortación a enfatizar lo existencial en la unidad del ente y de la persona cierra lúcidamente el panorama que podemos descubrir en la obra de Maritain, especialmente en lo que concierne a la relación entre la razón y la fe.